

completo los demás criterios. Incorre, para decirlo de una vez, en los dos excesos del racionalismo.

En primer lugar, declara Descartes que cree en la religion y acepta las verdades de la fé por simple tradicion, por haber sido instruido en ella desde la infancia, y que por estos solos motivos (pues no cita otros) acepta los dogmas de la fé religiosa. Cuando va á exponer los fundamentos filosóficos del criterio de toda certeza, lejos de indicar que en los dogmas se cree tambien, porque es razonable creer, presenta, por el contrario, su pensamiento de tal modo, que parece traslucirse en el fondo de su discurso que considera á la razon incapaz de distinguir en religion lo verdadero de lo falso; y que en esta materia, siendo inútil el razonamiento, como la vida práctica impone, sin embargo, al mismo tiempo por consejo y necesidad el deber de creer, los motivos filosóficos para determinar nuestros actos y nuestro convencimiento son simplemente la tradicion, la costumbre, la enseñanza de la infancia, la gracia de Dios. En tiempo de Descartes, á esta manera de creer se la llamaba «la fé del carbonero»; con esta expresion se queria

que dicen». (*Proceso del Brocense*, colec. de docum. infó. t. II.) Francisco Valles se expresa con sentencias todavia más absolutas. «Es necesario, dice, que en la investigación filosófica los hombres, si no quieren incurrir en error, duden de todo, hasta de las cosas más probables.» (*Philosophía sacra*, etc., t. LIV.) Sería inútil citar mayor número de testimonios en prueba de que otros ingéneos, que con tanto brillo cultivaron la filosofía en nuestra patria, formularon y pusieron en práctica, mucho antes que el filósofo de la Haya, el método tan injustamente llamado cartesiano. Tal vez es nuestra patria la tierra donde más abundaron en todo tiempo los buenos pensadores menos alacionados á jurar *in verba magistrí*. Séneca, desde la época romana, puede estimarse como un ejemplar de esta tendencia filosófica, ingénita en los grandes maestros que ha producido nuestra raza. Y en toda la Edad Media, como en los siglos modernos hasta nuestros dias, en que Balmes, en la primera de sus *Cartas á un escéptico*, lanzó el grito *abajo la autoridad científica*, el procedimiento de la duda metódica, para llegar luego por el razonamiento al conocimiento de la verdad, ha sido uno de los más usados entre filósofos españoles, y bien podría decirse que es uno de los procedimientos que mejor caracterizan la manifestación de nuestro carácter nacional en las escuelas filosóficas. Pero al mismo tiempo que se respeta este método en lo que tiene de bueno, como una de las glorias y tradiciones de escuela de la filosofía española, téngase en cuenta que sólo média un paso entre este racionalismo y el racionalismo anticristiano ó el puro escépticismo; que nada más fácil que incurrir con él en la presuncion y desvarío de los filosofastros y solistas que hoy nos aturden los oídos anunciándonos *que ellos mismos se construyen su ciencia*. Téngase en cuenta que es éste uno de los procedimientos con los cuales el entendimiento humano corre los mayores peligros de ser inducido en error, por que todo en el fondo no es sino una mera ficcion. Pues si bien para casos particulares y comprobacion de verdades aisladas es método que debe practicar todo filósofo, en cambio la misma naturaleza humana se resiste á aplicarlo con alguna generalidad; y como antes indicábamos, aquellos mismos filósofos que más se desatan contra el servil rebaño que sigue sumiso la autoridad de su maestro, por cada una de las verdades que comprueban por sí mismos, reciben, sin poderlo remediar, innumerables doctrinas por simple acto de fé.

dar á entender la fé irracional del que cree porque sí, y nada más que porque sí, porque creen su padre y su madre, y cree tambien el vecino, y porque esa es la costumbre de la tierra, y el dómíne, cuando le enseñó las primeras letras, le indicó tambien que debia creer. Como se ve, la razon, para Descartes, está aquí demás. Pero la razon, sin embargo, interviene tambien en el acto de fé. Si creemos por acto de fé, es porque es razonable que creamos: pues en religion tambien, como en todo, nuestro entendimiento debe rechazar como falso lo que no es razonable aceptar como verdadero. Cuando creemos, por ejemplo, en un misterio, podemos no ver, ni comprender con evidencia, el misterio en que creemos; pero vemos con evidencia las razones de creer en él, y que no sería razonable no prestarle nuestra fé y adhesion. En religion, como en filosofía, la razon desempeña, pues, importante papel. No sólo comprueba los títulos de credibilidad de la autoridad que proclama las verdades dogmáticas; sino que tambien puede investigar los fundamentos mismos de la fé y de cada uno de los dogmas, y exponerlos en forma científica, valiéndose de todos los elementos de la dialéctica y de los adelantos de las ciencias para demostrar que, aunque alguno de estos dogmas sea superior á nuestra razon, y, por tanto, en sí mismo indemostrable, ninguno se halla, sin embargo, en contradiccion con ella. Los escritos de los teólogos al tratar de la doctrina dogmática, ¿no son acaso obras eminentemente científicas, en las cuales la razon humana resplandece con mayor plenitud y majestad que en cualquiera otra ciencia? Por lo tanto, en esta parte de su discurso sobre el método incurrió Descartes en el gravísimo yerro de prescindir por completo de la razon como criterio de certeza en lo que á la religion se refiere. Incurrió en la herejía tradicionalista. Tan anticristiano es absorber la razon en la fé, como la fé en la razon, ó declararlas ambas independientes.

Por el exceso opuesto á anular la razon ante la fé peca, por el contrario, el otro extremo del método cartesiano. Es completamente falso y quimérico ese método de producir la duda universal para hacerse luego la ilusion de que por el razonamiento se reconstruyen todas las verdades. En filosofía, como en las demás ciencias, el hombre, en lugar de empezar por la duda, tiene que empezar por la afirmacion. El mismo Descartes, para poder dar un paso, tuvo que empezar afirmando su propia existencia, su pro-

pio pensamiento y su propia duda, y en la afirmacion de su célebre entimema iba envuelta la afirmacion del enlace de las ideas, es decir, de todo el mundo lógico.

En cuanto á la negacion de toda autoridad como fuente legítima de conocimiento para el hombre, no hay menester de larga reflexion para desecharla, pues con sólo observar lo que constantemente estamos practicando en la vida, fácilmente se comprende que los humanos están condenados á vivir recibiendo, por vía de simple autoridad, y no por demostracion del propio razonamiento, la casi totalidad de las doctrinas que siguen y aceptan. Al principio de este estudio dejamos ya establecida la incompatibilidad de la naturaleza humana para acomodarse á esta duda metódica y no aceptar como verdadero sino aquello que cada cual compruebe y se demuestre á sí mismo. Con semejante procedimiento, ni el hombre podría vivir, ni habria medio de que se trasmitiesen de generacion en generacion los conocimientos humanos, ni las ciencias saldrían jamás de los primeros axiomas. Para la mayor parte de los humanos no serían ciertas las proposiciones demostradas por Arquímedes. Cada matemático tendria que descubrir el binomio de Newton, y cada astrónomo las leyes de la gravitacion. Desechando toda autoridad como fuente de conocimiento fuera, en fin, imposible levantar sobre sus cimientos el edificio científico; las ciencias serían una tela de Penélope, que cada generacion y cada hombre se verían condenados á tejer y destejer perpétuamente.

Pero si tales absurdas consecuencias tendria para las ciencias el procedimiento cartesiano aplicado con todo rigor dialéctico, consecuencias más absurdas aún habria de producir en el órden religioso.

Si un Platon se propusiera escribir algun tratado de filosofia religiosa, tomando por punto de partida la premisa de que ninguna verdad hay en el mundo, á no ser la conocida proposicion *cogito, ergo sum*, sobre cuya premisa habria de ir argumentando el autor para reconstituir dialécticamente con la pura razon el edificio religioso y toda la dogmática, fuera muy de temer que el tal Platon, á pesar de su peregrino ingenio, en lugar de proposiciones profundamente filosóficas, no hiciera sino ensartar uno tras otro singulares dislates. Su obra, á la postre, en vez de un tratado filosófico religioso, resultaria sin remedio no ser filosófica ni religiosa, sino

pura y simplemente uno de los singulares extravíos en que con tanta facilidad suelen divagar las inteligencias de primer órden; de tal modo, que si no hubieran producido otras obras que fueran mejor muestra de su ingenio, su memoria pasaria á la posteridad como uno de tantos ejemplos de cabezas trastornadas que andan sueltas por el mundo, sin haber llegado al grado peligroso de locura que hace inevitable su encierro, pero suficientemente disparatadas para no alternar con cuerdos. Nada tiene esto de extraño, porqué en saliendo de la profesion de fé de ciertos principios, cuando se trata de Dios y de sus relaciones con la creacion, los talentos más superiores se confunden con las inteligencias más vulgares, si pretenden por sí solos reconstruir el edificio religioso desechando toda autoridad. En poco se diferencian Aristóteles y un niño, Platon y un salvaje, Newton y un orate, cuando se ha de discurrir sobre estas materias con la sola ayuda de la razon; y de cierto que ni á un niño, ni á un salvaje, ni á un orate, se le ocurrirían observaciones más desatinadas y descompuestas que las que se le ocurrieron al inmortal Newton sobre las profecías del *Apocalipsis*. Por no conocer los dogmas, los mayores filósofos incurrieron en los mayores absurdos. Por ignorar el dogma de la creacion, la antigüedad pagana no pudo demostrar, ni concibió la unidad, ni la espiritualidad, ni la providencia divina, y se entregó á todas las aberraciones del politeísmo, degradando la razon con las supersticiones más groseras, y la libertad con el fatalismo más opresor. Por negar la Trinidad, los socinianos salieron del gremio cristiano para caer en el puro deísmo, acabando por aceptar las negaciones más brutales del ateísta. Y cuantos filósofos antiguos y modernos, desde Capla y Platon hasta Hegel, han tratado de penetrar sin el auxilio de la revelacion en el mundo moral, zozobraron siempre lastimosamente en los problemas más fundamentales. En cambio, el salvaje y el niño, sin otra enseñanza que las sencillas respuestas que dá el Catecismo á los grandes problemas de la naturaleza y existencia de Dios, de la vida y de los destinos humanos, conocerán verdades más elevadas, y llegarán á conclusiones más admirables y sublimes que un Platon y un Aristóteles, un Espinosa, un Kant y un Hegel, entregados á largas y severas meditaciones, pero limitados á los flacos recursos de su profundo juicio.

Y es que el hombre, confusion impenetrable de grandeza y mi-

sería, molécula de la creación perdida entre lo infinito y la nada, término medio entre dos extremos, reproduce en todos los actos de su vida las extrañas contradicciones de su naturaleza. Átomo imperceptible en el seno del universo, es, sin embargo, capaz de entrever la inmensidad que le rodea. El universo lo aplasta y absorbe como á los demás átomos; pero es un átomo que piensa, y que con el pensamiento abarca á su vez al universo. Su razón ocupa en el orden de los fenómenos suprasensibles el mismo lugar que su cuerpo entre la inmensidad de la materia. Suspendida entre los abismos del todo y de la nada, elevándose de lo limitado á lo absoluto, entrevé lo infinito en los horizontes de lo increado; pero al mismo tiempo, el principio y fin de toda cosa permanece eternamente envuelto para ella en velo impenetrable. Mónstruo de contradicciones, se siente cuerpo y espíritu; pero al mismo tiempo no puede concebir ni lo que es cuerpo ni lo que es espíritu, y ménos aún cómo el cuerpo ha podido combinarse con el espíritu; y sin embargo, esa es la esencia de su propia naturaleza. Piensa y se siente razonable; mas cuando tiene la presuncion de llegar al conocimiento de todo, se pierde en el espacio sin límites de la incertidumbre, hasta venir por fin á conclusiones que le harían dudar de todo, dudar si piensa, dudar si existe, y creer que lo que siente, ve y palpa no es, como todo, en el mundo, sino sombra, sueño, abstraccion, ilusiones del sér vagando sobre la nada. Incapaz de una afirmacion absoluta, como de una negacion completa, en presencia de los misterios que entrevé al principio y fin de toda cosa, y de los abismos que le descubre el principio y fin de toda ciencia, su naturaleza le manda convertir la presuncion en asombro, y es cuerdo y razonable si obedece y contempla esos abismos en silencio; y por el contrario, se torna en imbécil y demente si, arrastrado por la soberbia, los quiere escudriñar. Criatura razonable, en todo se ve sujeta á la incertidumbre más cruel; para emprender el vuelo de sus razonamientos tiene que partir siempre de principios cuya evidencia percibe, pero que es incapaz de razonar. La razón y los sentidos son sus dos principales fuentes; pero unas veces la razón engaña á los sentidos, otras los sentidos engañan á la razón, y así su propia naturaleza le condena á no ver jamás sino una apariencia de realidad en medio de los tormentos de la desesperacion eterna de no conocer jamás el principio y fin de las cosas.

Pero aumentan las causas de error cuando, en vez de inquirir la verdad con todas sus facultades á un tiempo, el hombre se propone llegar á ella con una sola de sus fuentes de conocimiento, tomando por única guía á la razón, trastornada sin cesar por los ciegos instintos de las pasiones, y tan sujeta de suyo á caer en desvario con una simple ilusion de impresiones falsas que le presen los sentidos. Hay verdades que se prueban, hay otras que se sienten: las unas dependen de la razón, de la experimentacion, del silogismo, de la induccion, del teorema, del corolario y de todo el aparato dialéctico que emplea el razonamiento; las otras dependen de la conciencia ó sentido íntimo, ó del instinto intelectual ó sentido comun. Creemos unas veces nada más porque sentimos necesidad de creer, aunque se subleve por ello la soberbia del razonamiento; y otras, por el contrario, aunque el instinto intelectual parezca humillado, creemos en la evidencia de un razonamiento.

En los tres criterios descansa, pues, la certeza. Cada cual, en su orden y á su manera, produce en nosotros el convencimiento; los tres son necesarios: la negacion de cualquiera de ellos, sea el que fuere, trastorna nuestra inteligencia. Lejos de dañarse unos á otros, se favorecen y fortifican recíprocamente. Aislarlos es mutillarlos, y á veces extinguirlos, porque todos se hallan en la más íntima y estrecha relacion; siendo de notar que las verdades más fundamentales para el hombre, como, por ejemplo, las verdades religiosas, se apoyan en todos los criterios á un tiempo. La fé es el convencimiento en lo divino, fundado á un tiempo en todos los criterios de la naturaleza humana: en la conciencia, como en la razón y en el sentido íntimo; es Dios sentido á un tiempo por el corazón, contemplado por el entendimiento y venerado por la conciencia.

El vicio radical del racionalismo, como de toda filosofía exclusiva, consiste en no admitir la certeza sino por medio de uno solo de estos criterios. El racionalismo pretende mostrar al razonamiento como única fuente de certeza, quiere que sólo por el razonamiento conozca el hombre la verdad, y mutila así la naturaleza humana. Negando de este modo los títulos de los demás criterios de certeza, abre la puerta de todos los desvarios, por donde se precipita en el acto el entendimiento, para recorrer con vertiginosa

rapidez las etapas de todas las aberraciones, y fluctuar sin brújula entre el idealismo más abstracto y el materialismo más grosero, proclamando hoy el idealismo de Kant, para revolvase mañana en el materialismo de Feuerbach.

«Hay tres mundos, decía Pascal; el mundo de los cuerpos, el mundo de los espíritus, y otro tercer mundo, que es Dios, y por tanto, infinito y sobrenatural. La filosofía pertenece al segundo de estos mundos; debe, por tanto, dominar sobre el primero y someterse al tercero, no para anonadarse, sino para elevarse más alto.»

Para discurrir, en efecto, sobre lo sobrenatural, la revelación y los dogmas, la pura razón humana ha sido y será siempre pobre y flaco auxiliar. En ese orden de fenómenos superiores puede la razón, en cierto modo, comprender la verdad, puede entreverla; pero reducida á sus solas fuerzas, jamás podrá ni razonarla ni explicarla. En tales problemas, con frecuencia podrá ser útil la intuición; rarísima vez lo será el silogismo de la razón pura. No es muchas veces prueba de profundidad de ingenio, sino de rematada locura, el aplicar la más trascendente filosofía allí donde la filosofía nada tiene que hacer. Reducido á los solos auxilios de la filosofía, permanece el hombre envuelto en las mayores incertidumbres sobre la naturaleza y condición de su propio ser. La filosofía descubre algunos misterios más de la condición humana; pero los deja todos sin resolver. Hay objetos que vemos y examinamos bien á simple vista; pero si para examinarlos echamos mano del telescopio, esos objetos se convierten en niebla, y como niebla se desvanecen. En el mundo físico nos sirve el telescopio para escudriñar la inmensidad, y nos valemos del microscopio para examinar lo infinitamente pequeño. Lo mismo sucede en el mundo moral. La razón es necesaria, y no puede reemplazarse para examinar y analizar los fenómenos que pueden caer bajo su dominio; pero para penetrar en el orden de los grandes problemas que lo sobrenatural abarca, necesitamos acudir á otros medios y valernos de facultades que tengan más alto vuelo. «El último paso de la razón, añadía Pascal, es reconocer que hay infinidad de problemas que le son superiores. No es sino muy débil mientras no lo llegue á comprender así. Y si en el orden natural hay problemas superiores á la razón, ¿qué diremos del orden sobrenatural? Some-

tida á la razón, no tendría nuestra religión ni misterios ni sobrenatural. Si se ofenden los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula. Dos extremos funestos: excluir la razón y no admitir más que la razón.... La fé dice, sí, lo que no dicen los sentidos; pero no lo contrario de lo que ven. Es superior á la razón, pero no contraria á la razón.... La razón no se sometería jamás si no juzgara que hay ocasiones en que le es necesario someterse. Es, pues, muy justo que se someta cuando comprenda que se debe someter»¹.

Con igual profunda verdad decía nuestro insigne fray Luis de Granada: «Dios es aquella cosa que ni puede ser, ni pensarse mejor, ni más perfecta; mas inquirir curiosamente esta subsistencia para determinar su naturaleza no nos pase por el pensamiento, porque es grande presunción y desvarío».

Tal ha sido la grande presunción y desvarío de la filosofía moderna. Sin fé, sin creencias, produciendo primero en el orden religioso la duda metódica de Descartes, derribando primero la ciudad, haciéndola toda ruinas, para tener el gusto de edificarla despues dialécticamente con arreglo á las solas premisas de la razón pura, han querido inquirir curiosamente la sustancia de lo sobrenatural y la esencia de la religión para determinar su naturaleza. Pero como lo sobrenatural se ve, se cree, se siente, se palpa y se demuestra, mas no se razona á modo de geometría, y en él se tropieza á cada paso con lo indemostrable, vinieron á parar á su negación, como ilegítimo y contrario á la razón. Ese, y no otro, es, lo repito, el carácter fundamental de las escuelas modernas. Todas ellas, las que se dicen representantes de la ciencia moderna, bien sean sensualistas y escépticas, á usanza de los alegres y ligeros filósofos del pasado siglo; bien llámense espiritualistas las unas ó reconózcans materialistas las otras; díganse evolucionistas ó confiénsense panteistas á costa de no menudas penas, todas ellas se hallan unidas en el mismo principio: en la negación de lo sobrenatural.

Verdad que parece haber gran distancia entre el espiritualismo racionalista y el materialismo grosero, y que en el espacio que los separa han hallado lugar de revolvase innumerables sectas; pero en el fondo no son más que eslabones distintos de una misma ca-

¹ PASCAL, Pensées, c. XIV.

dena; porque, según lo dijo muy bien cierto célebre doctrinario, «no puede hacerse al escepticismo una parte; en cuanto penetra en el entendimiento, todo lo invade». En filosofía, como en religión, todas las verdades son solidarias; quien desecha una, las desecha todas. Con un solo sofisma se hace el viaje al país de las quimeras. Nada extraño que tras de una primera negación se hayan desatado todos los desvarios; pues como sobre un cadáver se multiplican los gusanos de la podredumbre, sobre una negación se multiplican los sofismas. Perderá tiempo y paciencia quien uno tras otro los quiera impugnar. No mueren sino exterminándolos en el propio seno de la horrible madre que los engendra. Es inútil cortar las ramas del árbol; brotarán luego con más fuerza: contra el tronco hay que dirigir el hacha, y el tronco de ese árbol es el racionalismo.

Todos los sueños del Oriente: el nihilismo de Budha, como la deforme sustancia única de Brahma; el Ormuz y Arimanes de Pérsia, como el maniqueísmo caldeo y la metempsicosis del Egipto; todas las escuelas y desvarios de Grecia: el politeísmo de Anaximandro, como el naturalismo de Anaximenes; el panteísmo materialista de Xenofanes, como el panteísmo idealista de Parménides; el escepticismo de Zenon, como la filosofía atomística de Leucipo y Demócrito; el géneo de los sofistas de Abdera y el espiritualismo de los platónicos; la escuela de los cínicos, como el sensualismo cirenáico; la negación pirroniana, como la desvergüenza epicúrea; el fatalismo estoico, como la impiedad de Lucrecio; el eclecticismo de Alejandría, como el neoplatonismo y las teogonías de la academia; el sistema exegético de Evemero, y todas las más podridas herejías, en fin, que después se rebelaron contra la Iglesia, han renacido ahora á orillas del Elba y del Sena, y se han hecho nuestros contemporáneos, y están devorando á nuestra edad. Tenemos millantadas escuelas filosóficas para todos los gustos; las hay para todas las edades y condiciones: para el pobre como para el rico, para el sábio como para el vulgo, para hacer ciudadanos «justos y benéficos y amantes de su patria», y otras para «emancipar á la mujer, y hacerla igual á su otra mitad en el triple ejercicio de los cargos del templo, del Estado y de la familia»¹; las hay que, co-

¹ Exposición de Bazard y Enfantina á la cámara francesa.

mo decía Aristófanes, «enseñan aquel sublime modo de hablar con que si uno quiere se libra de pagar sus deudas», y que han venido á demostrar que es no pocas veces cierta la definición sarcástica que hizo Voltaire de la metafísica¹. Las hay impertinentes con los espíritus, que aunque no dejan en paz el alma de los difuntos, hasta ahora, al ménos, no han sabido tratarse sino con espíritus tontos; pues si bien es verdad que tienen pláticas con Platon, Aristóteles, Alejandro, César, Carlo-Magno, etc., las poco sábias contestaciones que reciben de estos manes nos hacen presumir que aquellos varones ilustres debieron perder el juicio al marcharse al otro mundo, y no lo han vuelto á recobrar. Las hay que por medio de la evolución nos demuestran cómo fueron nuestros primeros abuelos la más linda y hermosa pareja de monos que produjo la selección sexual; las hay, en fin, y éstas son las más científicas, que, silogismo en mano, prueban las unas que todo en el mundo es sueño, sombra, abstracción, á no ser el hombre diciendo yo; mientras otras se dan maña para probar, por el contrario, que, simple molécula con ilusiones, perdida en el seno del dios universo mundo, sueña el hombre cuando dice yo, y soñando vive, nace y muere. Y sobre todo esto, y para acabarlo de arreglar, otra pléyade de filósofos selectos nos viene á decir que, como resultado de largas meditaciones, han descubierto que casi hemos realizado ya el *ideal de la humanidad*, y que entramos en la *edad de la armonía*. Se necesita, á la verdad, penetración y dialéctica de filósofo para ver estas perspectivas de paraíso en medio del infierno, y comprender que en nuestro siglo décimono, en medio de tanta disonancia, ha empezado la edad de la armonía.

¡Cómo se degrada el hombre en cuanto de él se apodera la soberbia! No es ni ángel ni bruto; pero en cuanto quiere ser ángel, se convierte en bruto². La ciencia moderna le ha gritado en política el *serás Rey* de la bruja de Macbeth, y en religión el *serás Dios* de la serpiente del paraíso; y el hombre lo ha creído, y queriendo ser rey y queriendo ser Dios, se ha hecho más bestia que Nabucodonosor. Hombre pequeño y vano, muéstrame tus miserias y te enseñaré tus grandezas; pues no consiste tu grandeza sino en com-

¹ «Cuando aquel á quien se habla nada entiende de lo que oye, y el que habla tampoco se entiende, el asunto de que tratan es la metafísica», decía Voltaire.

² PASCAL, *Pensées*, c. IX, párr. 13.

prender tus miserias. «Si se ensalza, le rebajo, dice Pascal; si se rebaja, le ensalzo, y le contradigo siempre hasta que comprenda que es un mónstruo incomprensible.... Juez de todas las cosas, imbécil gusano de tierra, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y error, gloria y desperdicio del universo, reconoce que no eres tú mismo más que una paradoja.... Humíllate, razon impotente; cállate, naturaleza imbécil; aprended que el hombre es impenetrable al hombre, y escuchad de vuestro amo cuál es vuestra verdadera condicion, que ignorais. Escuchad á Dios.» ¡Pobre razon humana! Si quiere razonar lo infinito, tropieza con la nada; si quiere espiritualizarse, se revuelca en la materia; si quiere buscar un dios más razonable, levanta altares á una bestia; si quiere razonar un dogma, pierde la fé; y para acallar el grito del alma, le dice al hombre: «Prostérnate ante la humanidad». ¡La humanidad! ¡Monstruoso ídolo! Lo hemos visto arrodillado, inmundado y servil, á los piés de todas las tiranías. ¡Y quieren que nos prosternemos ante esa bestia rastrera! «Prefiero como ídolo los cocodrilos del Nilo y los dioses del fetichismo»¹.

En la nebulosa Alemania es donde principalmente se engendran estas nieblas intelectuales; mas ignoramos por qué fenómeno todas las nubes de las teorías de escuela que en la Germania se forman no descargan, desde hace más de un siglo, sino sobre los pueblos latinos. Alemania, delirante en sus sueños, se mantiene en guardia contra la ideología en su vida práctica. Ya en su época notaba con acierto madame Stael que el pensar y el obrar no guardaban armonía por aquellas tierras. Desde entonces, á pesar del frenesí de sus pensadores, afanados en revolver cielo y tierra con las más trascendentes y fenomenales teorías, aquella sociedad, en su vida real, parece profesar el principio de que vale más el sentido comun que la filosofía. Así es que la revolucion filosófica, que en los países meridionales produce incansantes crisis sociales, en Alemania no produce más que libros. Diríase que esos inconcebibles sofistas alemanes discuten y argumentan sólo en la abstraccion y por la abstraccion, y combaten por el imperio del aire. En sus cátedras trastornan y descomponen el mundo entero; con implacable fúria en sus asaltos teológicos, hacen pelear á los

¹ EDGARD QUINET, *La Revolution*, t. II. I. XXIV, párr. 41.

átomos contra los átomos, promueven formidables guerras civiles entre los sistemas ontológicos, cosmológicos y fisico-teológicos, atormentan los fantasmas suprasensibles, hacen desaparecer á la humanidad toda con una teoría de lo inconsciente, y al mundo con un yo fenomenal; y no terminan la pelea sin declarar á la inmortalidad del alma en agonía, y á la Divinidad misma á punto de sucumbir por falta de silogismos. Como en las batallas del Orlando furioso, los héroes combaten allí siete días seguidos sin descansar; por el temple de las armaduras, las espadas se quiebran sin deramar gota de sangre; pero concluidas las caballerescas hazañas, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Krausse, que se han acuchillado en el vacío, vuelven á la vida real, y las cosas quedan como antes; la sociedad continúa su pacífico y tranquilo desenvolvimiento, pues las discordias de la razon pura en nada alteran la paz social, y los regimientos de la majestad prusiana no tienen una sola vez que verter sangre de ideólogos en disturbios civiles.

¿Será siempre así? Fuera milagro que tal sucediera. Es costumbre ahora explicar fenómeno semejante por las condiciones especiales de carácter de la raza sajona. No es éste, sin embargo, más que uno de tantos vulgares errores en que suele, de cuando en cuando, incurrir *la opinion, reina del mundo*. De raza sajona tan pura como ahora eran los alemanes del décimosexto siglo, y á pesar de todo, tan pronto como en Worms se separaron los doctores, corrió abundante la sangre por los campos de batalla, y las huestes de los anabaptistas y demás sectas hermanas demostraron que las doctrinas de escuela son capaces de hacer perder el seso á las cabezas alemanas tambien, hasta el punto de concluir resolviendo con los puños las dificultades de la dialéctica, lo mismo, ni más ni ménos, que hoy sucede con las teorías sociales entre los pueblos latinos.

Por ahora, Alemania, hábilmente distraida con grandes empresas por hombres de Estado como quizás no los ha conocido nunca; absorta en su vida interior por un gran trabajo de reconstrucción de nacionalidad, que ha sabido realizar con el lustre de insignes triunfos guerreros; sujeta en su vida real por la organizacion militar más sábia, pero tambien la más opresora que han conocido los pueblos cristianos, parece insensible á las revoluciones de la filosofía y á las discordancias de las teorías con el órden

de la vida social. Pero, sin embargo de las apariencias, existen en el fondo de la sociedad alemana todos los gérmenes de malestar social que hoy se sienten por las sociedades europeas. El socialismo está devorando, como fuego latente, las entrañas del pueblo alemán. «Los sansimonianos, dice Enrique Heine, se hallaban en Francia en terreno desfavorable, y el materialismo los aplastó. En Alemania se les ha apreciado mejor, porque Alemania es la tierra feraz del panteísmo..... La filosofía alemana, añade más adelante el mismo autor, es importante asunto, que interesa á la humanidad entera; pero sólo nuestros biznietos se verán en estado de juzgar si merecemos alabanza ó vituperio por haber trabajado, primero nuestra filosofía y luego nuestra revolucion. Natural parece que un pueblo metódico, como lo somos nosotros, empezara por la reforma para ocuparse luego en la filosofía, y no llegar á la revolucion sino despues de haber pasado por estas transiciones. No os inquieteis, sin embargo, queridos compatriotas; la revolucion alemana no será ni más benigna ni más suave porque la crítica de Kant, el idealismo de Fichte y la filosofía de la naturaleza la hayan precedido. Estas doctrinas han producido fuerzas revolucionarias, que sólo aguardan su hora para hacer explosion y llenar al mundo de admiracion y espanto. Entonces aparecerán los kantistas, que ya no querrán oír hablar de piedad, lo mismo en el mundo de los hechos que en el mundo de las ideas, y trastornarán sin misericordia, con el hacha y la espada, el suelo de nuestra Europa, para extirpar de su seno las últimas raíces de lo pasado. Aparecerán sobre la misma escena los fitchetistas armados, cuyo fanatismo de voluntad no podrá ser doblegado ni por el temor ni por el interés. Pero los más espantables de todos serán los filósofos de la naturaleza que intervengan como actores en una revolucion alemana y se identifiquen ellos mismos con la obra de destruccion. Pues si el brazo kantista pega fuerte y seguro, porque su corazon no se conmueve por ningún respeto tradicional; si el fitchetista desprecia atrevido todos los peligros, porque para él no existen en la realidad; el filósofo de la naturaleza será terrible, porque se pone en comunicacion con los poderes originales de la tierra, conjura las fuerzas ocultas de la tradicion, y puede evocar las de todo el panteísmo germánico y resucitar en torno suyo aquel ardor bélico de los antiguos germanos, que querían comba-

tir, no por destruir ó vencer, sino sólo por amor á los combates. El cristianismo suavizó, hasta cierto punto, este brutal ardor guerrero de los germanos, pero no pudo destruirlo; y cuando la cruz, ese talisman que aún le encadena, venga á romperse, entonces se desbordará de nuevo la ferocidad de los antiguos combatientes y la exaltacion frenética de los Berserkers, que los poetas del Norte cantan hoy todavía. Entonces, y ese día vendrá, los viejos dioses de la guerra se levantarán de la fábula de sus tumbas. Thor surgirá con su gigantesca maza, y arruinará las catedrales góticas..... Aunque estos consejos, queridos vecinos de Francia, os vengan de un soñador, que os invita á desconfiar de kantistas, fitchetistas y de los filósofos de la naturaleza, no os burleis del poeta fantástico que espera en el mundo de los hechos la misma revolucion que se ha operado en la esfera de las ideas. El pensamiento precede á la accion, como el relámpago al trueno. Verdad que en Alemania el trueno es alemán tambien, y no muy ligero, por tanto, y viene con lentos redobles; pero cuando venga y oigais un crujido, como jamás crujido se oyó en la historia del mundo, sabed que el trueno alemán habrá llegado entonces á su término. Con su estallido caerán muertas las águilas desde lo alto de las nubes, y los leones, en los más apartados desiertos del África, se ocultarán medrosos en sus antrós reales. Se cumplirá en Alemania un drama, al lado del cual la revolucion francesa parecerá un inocente idilio. Cierta que todo parece hoy hallarse en calma; y si veis algunos hombres accionando con cierta viveza, no os imaginéis sean esos los actores que un día se encargarán de la representacion del drama. No son más que perrillos, que corren por la arena aún desierta, ladrando é hincando tambien alguna vez el diente, mientras llega la hora de que éntre en plaza la cuadrilla de gladiadores que ha de luchar hasta morir. Y la hora sonará. Los pueblos se agruparán en torno de la Alemania, como sobre las gradas de un aniteatro, para presenciar grandes y terribles juegos¹.

Dejemos al alemán Heine, protestante primero, panteísta hegeliano despues, más tarde protestante deísta, judío, más bien que otra cosa, por último, impío y escéptico toda la vida, la responsabilidad de éste su vaticinio sobre el porvenir que á su patria espera

¹ Enrique Heine, *De l'Allemagne*, t. I, part. III, p. 166.

como consecuencia final de las teorías filosóficas que ahora en ella dominan, y que el autor profesa. Él lo anuncia como la hora del triunfo y apogeo de la grandeza de su patria; pero más bien es de temer que, si llega á suceder en la forma que pronostica, ese «crujido, como jamás crujido se oyó en la historia del mundo», será catástrofe espantosa, como jamás catástrofe se conoció en la historia de las naciones. No gustan, por lo general, las profecías; antes de vencido su plazo desacreditan á quien las hace, y las más de las veces, despues de vencido el plazo, producen para el profeta todavía mayor descrédito; aventurado es, por lo tanto, decir desde ahora si será el trueno alemán tan gordo como Heine lo pinta. Pero juzgando los acontecimientos humanos sin inspiración profética y con los solos alcances de la humana prevision, parece que para la Alemania real han de tener malo y desastroso acabamiento las ideas filosóficas que hoy dominan en la Alemania trascendente. El gran Leibnitz, observando la Francia de su tiempo, anunciaba á este pueblo su formidable revolucion un siglo antes que sucediera. Si Leibnitz observara hoy el estado de Alemania, es seguro que por los mismos motivos que anunciaba á Francia su catástrofe, tendria hoy que anunciársela á su Germania. Si el esplendor de Luis XIV y el engrandecimiento diplomático, político y guerrero de la Francia de entonces, su apogeo y supremacía filosófica y política, no bastaron á ofuscar el fallo del profundo pensador, tampoco le ofuscaran hoy el esplendor de iguales glorias y triunfos ahora acumulados sobre el nuevo imperio germánico y sobre el trono de Guillermo de Prusia.

Como empezaba á serlo en la Francia de Luis XIV, el deísmo, un deísmo que todos los días se acerca más al ateísmo, es hoy la religion oculta de Alemania; ésta es la religion de sus más grandes pensadores, de sus mejores artistas, de sus hombres de Estado. No se dice, pero el deísmo es, en punto á religion, el secreto á voces de toda Alemania. La obra puramente impía y negativa que en la pasada centúria hicieron los hombres de letras en Francia, la han renovado ahora los filósofos en Alemania. Á nombre de la filosofía lo han derribado todo en el mundo moral, y fueron impotentes para reconstruir nada nuevo. Las doctrinas y aspiraciones socialistas son las que parecen llamadas allí por ahora á llenar los abismos producidos entre la razon y la fé por la ila-

mada ciencia moderna; con ellas han empezado ya á comoverse profundamente las masas.

El pueblo alemán, por lo demás, parece que, como por instinto, se apresta á la terrible explosion en que muy luego se va á traducir en los hechos de su vida social la tormenta anticristiana de la filosofía. Los escritos disolventes de sus publicistas consagrados á la propaganda materialista y socialista, que ahora la inundan, como en otros momentos solemnes inundaban la Francia los sarcasmos y declamaciones de los enciclopedistas, no son sino elocuentes síntomas de la grave conmocion que se prepara. En el reinado de Luis XIV, para las armas y las letras de Francia glorioso, acabó de hacerse inevitable la revolucion francesa. En el reinado de Guillermo I de Prusia, para Alemania no ménos brillante y glorioso, se ha convertido tambien en amenaza casi inevitable la revolucion alemana. Por más de un concepto son comparables estos dos reinados: El déspota francés, como el César alemán, formaron diplomática y militarmente la unidad y el engrandecimiento político de sus respectivos reinos, haciendo pagar á sus pueblos, con el completo sacrificio de las libertades nacionales, los beneficios de la unidad y de la grandeza política. Á Luis XIV, como á Guillermo I de Prusia, no le faltaron ni jurisperitos, ni filósofos, ni teólogos, como Hegel y el doctor Strauss, para desenvolver las doctrinas del despotismo con gran aparato científico; ni un Bismark para formular, como máxima suprema de Estado, *la force prime le droit*; ni Moltke para demostrarlo con ejércitos; ni parlamentos serviles, ni administradores hábiles y sagaces, para fundar un Estado centralizado y burocrático.

El cesarismo alemán, como en otro tiempo el cesarismo de Luis XIV, ha acometido el renacimiento de las persecuciones religiosas. El rey de Prusia ha revocado el edicto de Nántes contra los católicos, y ha hecho al mismo tiempo con la Iglesia nacional protestante precisamente lo mismo que hiciera Luis XIV con la Iglesia nacional católica de Francia: ha proclamado las libertades de la Iglesia luterana, es decir, las servidumbres de la Iglesia protestante. En efecto, si la Iglesia católica está perseguida, el protestantismo, á su vez, ha perdido tambien toda independencia; convertido en instrumento de Estado, le explotan y oprimen los poderes públicos, mientras llega la oportunidad de poder sustituir

por completo el cristianismo con una especie de culto de la nación, conforme á los intentos expresamente proclamados por la política prusiana. Si se levantan, por último, algunos girones de la púrpura imperial que cubre á la Alemania moderna, ahora embriagada con tanta gloria literaria y tanto trofeo militar, aparecerá más imponente quizás que en ninguna otra nación el pavoroso espectro del socialismo, y se verá que no le falta tampoco, como gérmen de espantosos cataclismos en lo venidero, la lepra de la más horrenda miseria en las clases populares. Esa horrible enfermedad social corroe en progresión alarmante al nuevo imperio germánico, pero sobre todo á la Prusia: de ella podrian trazar los alemanes contemporáneos pinturas tan trágicas como las que en tiempos de Luis el Grande trazó Vauban, del pechero francés, en su libro *La Dime Royale*.

Todos lo excesos de la vida especulativa, en la esfera de los hechos sociales, se han venido á resolver ahora en la idea y culto del Dios-Estado y del cesarismo, que ve en el príncipe el Estado hecho hombre. Dios, en una palabra, ha sido sustituido por el César. Pero cuando los dioses se van de la ciudad, tampoco quedan los césares, y á la conclusion del despotismo aparece la anarquía. Y la anarquía alemana, por las fuerzas y elementos revolucionarios que en ella van entrando, promete ser terrible. Entonces será cuando los excesos de la razon especulativa arrastren á Alemania al total desconocimiento de las necesidades prácticas de la vida social, como ahora sucede con las naciones latinas. Entonces, como sucedió en Francia con la enciclopedia, á la generacion de filósofos que desarrolló los ideales de la razon pura en el imperio de la abstraccion, sucederá una generacion de anabaptistas de la razon pura que se encargue de realizarla en el imperio de las realidades. En esta generacion anabaptista se reclutarán los ejecutores de la revolucion alemana; revolucion que no será puramente política como la inglesa, que no se contentará con conmovier los altos poderes del Estado, dejando por lo demás á la sociedad firme en sus principales cimientos, sino que será revolucion á un tiempo social y política, como la de Francia; revolucion que conmueva y destruya la base como la cúspide de la sociedad.

Tras de los elevados y viriles esfuerzos, no desprovistos de cierta grandeza científica, que realizó la filosofía alemana en el tercio

primero de este siglo, el entendimiento humano se nos muestra ahora allí como harto y desengañado de las grandes investigaciones filosóficas. Parece haber terminado el gran drama que en nuestros dias ha representado con tanto aparato la metafísica alemana. Kant lo inició con un idealismo trascendente, que terminó con conclusiones escépticas; luego vino Fichte, luego Schelling, luego Hegel, sábios y profundos pensadores, vigorosos y sutiles dialécticos, reyes del imperio de los aires. Poseidos todos ellos del vértigo de la abstraccion, ofuscados por la soberbia intelectual, y esclavos de la lógica, levantaron entre el cielo y la tierra, en las regiones de lo imaginario, gigantescas construcciones metafísicas, en las que, según el géneo del filósofo ó las exigencias de la dialéctica, toda realidad se convierte en idea pura, y es Dios todo lo que se piensa, ó bien se desvanece todo lo existente en el éter de la sustancia única, y entre los silogismos, sentencias y símbolos de la escuela, se descubre que, en vez de individualidades creadas, no hay en el universo más que un Gran-Todo, que en eterna evolucion produjo al universo inconscientemente, y se hizo vapor, agua, mineral, planta, animal, hombre, sueño, idea. Pero este gran drama metafísico, á pesar de haberse desenvuelto como fábrica de aire en la region de las nubes, necesariamente, como doctrina filosófica, habia de tener un desenlace práctico: cuando el trueno redobla entre las nubes, no tarda en desatarse la tormenta y arrojar el rayo sobre la tierra. Así ha sucedido con la filosofía alemana; pero al bajar de las nubes sobre la tierra se convirtió en espantable orgia intelectual. El idealismo trascendente se ha transformado en abyecto materialismo. Del dogma panteista del Gran-Todo ha desaparecido la esencia divina, quedando sólo la materia; y en la vida real la ideología *yoísta* se transforma en blasfemia; el sofista, en tribuno; el Dios-Estado, en cesarismo; las masas de hombres dioses, en demagogias concupiscentes; las *antinomias* filosóficas, en *contradicciones* de Proudhon. Feuerbach es el representante y protagonista de la filosofía alemana en éste último acto del drama metafísico.

De este modo aquella filosofía, que, bajo la inspiracion de Kant, parecia alzarse como una protesta contra las groseras y sensuales doctrinas del siglo XVIII, al llegar al término de sus evoluciones se encuentra con que no ha hecho sino girar en círculo vicioso; y

como consecuencia final de tan sublimes idealizaciones, aparece el repugnante materialismo del siglo pasado con sus más inmundas y obscenas doctrinas morales y religiosas. De las alturas del idealismo kantiano se ha precipitado el entendimiento en el fango sensualista; las grandiosas lucubraciones panteístas de Hegel terminan con un anticristianismo parecido al del baron d'Holbach. De las doctrinas del Dios-mundo de Spinoza, del Dios-humanidad de Hegel, del Dios-yo de Feuerbach, del Todo-uno de Hartman, los instintos de las masas deducen con buena lógica que no hay Dios, y el ateísmo, con sus torpes consecuencias, se infiltra hasta en las últimas clases sociales.

Los vastos sistemas ideológicos de Kant, de Fichte, de Schelling y de Hegel sufrieron, en efecto, completo descalabro en manos del radicalismo filosófico contemporáneo. Los principios de Kant no producen ahora sino un neokantismo raquítico, sustentado por pobre falanje de escritores vulgares. Feuerbach y su escuela abandonan la metafísica, substituyen la psicología con la fisiología comparada, la teodicea con la antropología, para lanzarse á las teorías de un naturalismo brutal, que no declara otro fin científico que el de extirpar la religión del seno de las sociedades, como triste y supersticioso engendro de la imaginación humana, ignorante ó enferma. Las doctrinas impías que en Francia dominaron cuando se preludiaban las primeras escenas de su terrible revolución; el obscuro materialismo que entonces explanaba el ciudadano Dupuis en su *Historia del origen de todos los cultos*; el ateísmo que se exhalaba en las meditaciones de Volney *ante las ruinas de Palmira*, son las doctrinas que, después de repetidos asaltos, han conseguido ahora, por fin, la supremacía científica en Alemania. Hervegh, Heizen, Robert Blum, Max, en el terreno político y social; Preiligrath, Boerne, Gutzkow, Mundt, en el de la poesía y la crítica literaria; Karl-Vogt, Buchner, Moleschott, Wirschow, Haackel, en el de las ciencias naturales, son los que representan y dirigen esta corriente materialista, hoy la más poderosa de todas en el dominio científico. Sus libros son como un palenque, en que se disputa quién habrá de preferir negaciones más atrevidas, provocaciones y paradojas incendiarias más atroces. Alzaron el pendoñ del radicalismo y del nihilismo filosófico, y, sin más enlace en el fondo y punto de unión entre sí que el odio al cristianismo, en

su especulación científica se precipitan hácia la nada con vertiginosa rapidez. Imperturbable es su sangre fría cuando se trata de presentar las más aventuradas hipótesis como verdades incontrovertibles definitivamente sentadas por la ciencia; baten palmas con frenesí ante la doctrina darwiniana de la evolución, ó la teoría del progreso de Spencer, fundada en iguales premisas, apropiándose las con furia para buscar en ellas armas contra la existencia de Dios, la creación, la Providencia y la inmortalidad del alma. Para explicar la creación, el origen y los destinos de nuestra especie, resucitan aquella rancia teoría de Anaximandro y Anaxímenes, que veían el origen de las cosas en una ley fatal, y un movimiento eterno de composición y descomposición (*integración y desintegración* diría hoy Herbert Spencer), que todo lo hizo salir del caos, y todo lo trasforma sin cesar hasta que vuelva al caos; teoría, en fin, tan antigua como novísima, que no ve en el universo sino una ley dinámica inconsciente, por la cual el espíritu, como la materia, nacen del aire y al aire vuelven. Y si la teoría del dinamismo no les acaba de llenar, se apoderan de las premisas sentadas por Darwin, á quien ensalzan á porfía, colocándole sobre el mismo pedestal que Galileo y Newton. Poco importa, en efecto, el sistema ó el órden de razonamientos; lo que ante todo precisa es que la humanidad comprenda cuanto antes, y de cualquier modo, la necesidad de la preocupacion estúpida que la ofusca, haciéndole creer que el universo ha necesitado Creador y Providencia que le gobierne.

Con tal afán, los apóstoles de la nueva moral edifican sus sistemas, fundando los unos lo justo y lo injusto en un instinto de la materia, en un acto mecánico, fisiológico, inconsciente de la organización animal, por el cual huye la bestia del dolor y busca el placer; deduciendo los otros sus principios de ese extraño amor que describe Feuerbach en el libro titulado *Pensamientos sobre la inmortalidad y la muerte*, y cuya consecuencia final es que Dios, el amor y la muerte son una misma cosa; ó prohibiendo otros, en fin, la doctrina de Littré, que deriva toda la ley natural del *egoísmo* y del *altruismo*: sentimiento el primero que nos mueve á la propia conservación, y cuya manifestación inicial es el *hambre*; sentimiento el segundo que nos impele al amor de nuestros semejantes, y tiene por primera manifestación la *lujuria*; y *hambre* y *lujuria*

ria, es decir, egoísmo y altruismo), en estado primitivo, trabajados ambos y pulimentados por la razón, produjeron de un modo progresivo, al cabo de largas generaciones, en el alambique de los siglos, el código moral de la humanidad.

Creeríamos estar leyendo nuevas ediciones, corregidas y aumentadas, de *La ley natural ó del catecismo del ciudadano francés*, de Volney; ó del *Sistema de la naturaleza*, de D'Holbach; ó del *Sueño de D'Alembert*, por Diderot; ó del *Catecismo universal*, de Saint-Lambert; ó de los innumerables escritos de Lamettrie, Helvecio, Lande, Condorcet, etc. ¡Y tales teorías se dicen novísimas! ¡Y nos las presentan como la última palabra de la ciencia! ¡Y sus pontífices máximos declaran que con ellas el cristianismo ha muerto, compadeciéndonos á los cristianos, que aún tenemos la avilantez de no creer en tales dogmas que nos quieren imponer!

Por muchos conceptos es repugnante el materialismo: sus malféficas doctrinas degradan y envilecen, secan el corazón y corrompen el entendimiento; pero la insolente soberbia de sus sectarios causa aún mayor indignación que la perversidad de sus doctrinas. Cuando creen haber demostrado cumplidamente que no son más que bestias, se muestran tan insolentes y altaneros como si hubieran probado que son dioses.



TEMORES Y ESPERANZAS RESPECTO DE LAS SOCIEDADES MODERNAS

TEMORES



ENTRE la organización del Estado en los pueblos antiguos y la constitución de las sociedades que, bajo la inspiración cristiana, surgieron de las ruinas del imperio romano, média un abismo. La desaparición de la esclavitud, el ennoblecimiento de la mujer, la santificación de la familia, la regeneración del hombre en el órden espiritual como en el órden social, el respeto de los derechos de la persona humana, costumbres más suaves, todos los principios, en fin, de incomparable caridad y sabiduría que contiene el Evangelio, constituyen ahora la base fundamental de nuestras sociedades. La Iglesia ha sido el alma de esta trasformación portentosa. Pero uno de los hechos más admirables y fecundos en la organización de los pueblos cristianos es la constitución de un poder espiritual, separado é independiente del poder temporal. El mundo antiguo no conoció en la constitución de los poderes públicos un freno moderador que pueda compararse con esta autoridad, puramente moral, que en las sociedades cristianas enfrena donde quiera la tiranía del Estado, dulcifica siempre los poderes temporales, y ha llegado alguna vez á dominarlos por completo.

Este nuevo elemento bastaría por sí solo para establecer distinción capital entre las sociedades cristianas y las demás. Pero no es el único, ni con mucho, de los beneficios inapreciables que debemos al Evangelio. El cristianismo representa, en efecto, una revolución trascendental y completa en todos los principios que servían de base al mundo antiguo. Natural era, por tanto, que las sociedades paganas, al tener noticia de la aparición de la nueva doctrina, se estremecieran como bajo el peso de una sentencia de muerte. Sintiéndonse conmovida en sus más profundos cimientos,